



III Conferenza Nazionale Italia - America Latina e Caraibi
Roma, 16 – 17 ottobre 2007
Ministero degli Affari Esteri - Sala delle Conferenze Internazionali

Michelle Bachelet
Presidenta de la República de Chile

Es un honor y una gran satisfacción como Presidenta de Chile, poder compartir hoy con ustedes algunas reflexiones sobre democracia y cohesión social en América Latina, en esta institución que ha cumplido una labor tan importante en las relaciones de amistad y cooperación entre Italia y nuestra región latinoamericana y el Caribe.

Mi visita acá para hablar de este tema resulta, además, tremendamente oportuna, considerando que lo que une a América Latina con los países de la Unión Europea en este mundo globalizado, y más allá de las diferencias circunstanciales que pueda haber, es aquello de lo que nos han hablado nuestros predecesores, es la defensa de las libertades fundamentales, del pluralismo y de sociedades donde la justicia social está en el centro de nuestras preocupaciones y de nuestra acción política.

Al decir esto, no estoy hablando en términos abstractos. Como Presidenta de Chile, he hecho de la inclusión y la protección social, un sello distintivo y fundamental de mi gobierno. Y lo hago como líder de un país que ha decidido poner a la equidad en el centro de la discusión pública, después de haber logrado importantes avances en nuestro trabajo por crear un Chile mejor.

Por eso quiero aprovechar esta oportunidad y compartir algunas reflexiones con ustedes, sobre todo con vistas a la próxima Cumbre Europa, América Latina y el Caribe, que realizaremos el próximo año en Lima, en el hermano país del Perú, donde tratará fundamentalmente de la cohesión social, y la relación entre cohesión social, democracia y expansión de las libertades y los derechos de nuestros ciudadanos. Lo primero que tenemos que hacer como latinoamericanos, me parece a mí que es valorar la elección de este tema, del tema de la cohesión social, como el eje de articulación política entre Europa y nuestra región. Creo que al hacerlo así, Europa está dando un paso importantísimo de renovación y fortalecimiento de su relación con nuestro continente, demostrando una gran capacidad para sintonizar con lo medular de la agenda política de nuestra región.

Y aquí no puedo dejar de mencionar el papel esencial que está jugando Italia en el marco de la Unión Europea, en el relanzamiento de nuestras relaciones birregionales. Italia siempre ha estado cerca de América Latina, nuestra historia no se entendería en su globalidad sin apreciar en toda su dimensión lo que ha sido el acervo de este querido país en el desarrollo de nuestras sociedades y de nuestras culturas. Y ahora debemos iniciar una nueva etapa, marcada por grandes desafíos, donde la cooperación y la capacidad de acción conjunta entre nuestras regiones, será esencial para asegurar aquello que nuestra gente espera, la provisión de bienes públicos globales que determinarán el futuro del planeta.

América Latina transita por un momento paradójico: por un lado, se ha consolidado como una zona de paz, donde los conflictos armados entre Estados o la producción de armas de destrucción masiva, son virtualmente inexistentes.

Además, es una región caracterizada por un proceso de extensión y profundización democrática, que ya se sustenta sin interrupciones por más de 15 años. El problema es, sin embargo, el de la consolidación y calidad de los procesos democráticos que se expanden por la región, porque si bien desde 1992 no hemos tenido ningún golpe de Estado que lamentar, no es menos cierto que desde entonces a la fecha han sido 15 los Presidentes que no han culminado regularmente los

mandatos.

Más aún, hay problemas de corrupción endémicos que persisten en distintos niveles y el crimen organizado se ha establecido de manera preocupante en algunas de las grandes ciudades de nuestra región.

Pero no sólo eso. Las encuestas muestran, además, una creciente distancia de la población hacia la actividad política y el rol de los partidos. Es lo que se ha denominado el fenómeno del desencanto.

En estos dos días acá, conversando con muchos líderes políticos, puedo decir que no somos originales en América Latina, este fenómeno está mucho más expandido de lo que quisiéramos. Se hace indispensable, entonces, un fortalecimiento institucional de nuestros sistemas democráticos. Se abre en muchos países una etapa de severo cuestionamiento a los procesos de apertura y desregulación económica que acompañaron a la reinstalación de la democracia en los años 80 y 90. Porque éstos no fueron complementados con políticas sociales eficaces que lograran contrarrestar los costos sociales de las políticas de ajuste y la tradicional tendencia de sociedades latinoamericanas a la exclusión y a la marginación.

Por eso que al cabo de una década de democracia ininterrumpida, y a pesar de que la América Latina se ha beneficiado del largo ciclo de crecimiento mundial, con tasas de crecimiento regional promedio superiores al 5% en los últimos años, el problema de la exclusión y las desigualdades se ha instalado en el centro de la agenda política de la región. Y quiero compartir algunos datos que son conocidos. En 1990, América Latina tenía un 48% de pobreza. Al año 2006, el porcentaje se redujo a un 38%. Lo que sigue siendo alto, y podría parecer, sin embargo, un avance importante. Pero cuando miramos de qué estamos hablando, ya no estamos hablando de porcentajes, sino que de número absoluto de pobres, es decir, con personas con carne y hueso, con familias, hemos aumentado desde 200 millones el año 1990, a 220 millones de pobres el año 2006, doscientos veinte millones de pobres. Eso es casi 14 veces la población total de Chile.

Pero, además, existen segmentos importantes de la población que sin ser estadísticamente pobres, no tienen protección social alguna, sobreviven en los umbrales de la línea de la pobreza, siempre con el riesgo latente de verse retrotraídos nuevamente a la condición de pobreza, en condiciones de crisis económica, de enfermedad, de pérdida del empleo, es decir, de cualquier situación que los saque de la situación actual.

Entonces, digámoslo claro: nuestra democracia en América Latina no ha sido lo suficientemente eficiente para abordar los problemas más urgentes que afligen a nuestros pueblos. Aunque no en todas partes el proceso ha sido igual. Allí donde no hubo políticas públicas que sufrieran las distorsiones y desigualdades generadas por la desregulación de los mercados, el resultado fue muchas veces una sucesión de crisis política, y en algunos casos, la búsqueda de estrategias alternativas de desarrollo que cuestionan severamente lo avanzado hasta ahora. En aquellos países donde hubo un esfuerzo especial del Estado para proveer educación, salud y vivienda en momentos en que nuestras economías buscan adaptarse a los grandes cambios globales, el resultado ha sido, por el contrario, un incremento de la legitimidad de la democracia y sus instituciones.

Yo quiero decir como Presidenta de Chile que nuestro país se ha ido desarrollando bien, desde que recuperamos la democracia hemos tenido un crecimiento promedio de 5,6% anual; nuestro producto interno bruto per cápita corregido por paridad de compra ha experimentado un incremento significativo, de los 4.700 dólares en 1990, a los 13.800 dólares en el 2006. Y, más importante, que a partir del año 90 hemos puesto un acento creciente en las políticas públicas orientadas a disminuir la pobreza. Y es así que la redujimos de prácticamente del 40%, del 39% el año 1990, a 13% el año 2006.

Pero eso tiene que ver con una opción, que en Chile, al recuperar la democracia, la apuesta chilena, de los cuatro gobiernos democráticos desde esa fecha hasta ahora, hemos planteado que no es necesario hacer un trade off entre crecimiento y equidad, que es perfectamente posible que un país crezca, tenga prosperidad y que esa

prosperidad llegue a todos sus habitantes. Porque, de lo contrario, efectivamente aquellos países donde las reformas económicas estructurales necesarias no fueron de la mano con políticas sociales potentes, la diferencia entre pobres y ricos no sólo no se resolvió, sino que incluso aumentó.

Y el último estudio del Fondo Monetario Internacional, que demuestra que en 9 de 12 economías latinoamericanas, la globalización, por el contrario, se produjo un mayor aumento de la brecha entre pobres y ricos.

Y eso tiene que ver con la capacidad o no de haber desarrollado políticas sociales de la mano de las reformas económicas necesarias.

Pero sabemos en Chile que tenemos mucho que avanzar y nuestra meta es lograr desarrollar un Estado moderno de bienestar, que pueda garantizar derechos sociales para todos, por el solo hecho de ser parte de esta gran comunidad que es ser la patria, que es Chile.

Por cierto, yo hablaba de este fenómeno de desencanto que, como señalaba, no es exclusiva de América Latina o exclusiva de Chile, sino que expresa uno de los dilemas centrales del actual proceso de globalización, del desarrollo de la democracia y la política en las condiciones de globalización actual.

En distintas latitudes vemos manifestación de anomia social, donde el denominador común es el malestar, el temor, la inseguridad ante las grandes transformaciones económicas y tecnológicas que tienen lugar y el impacto en la vida cotidiana de sociedades más expuestas que nunca a cambios que están fuera del control del ciudadano corriente.

Y en ese cuadro, las que se hacen expectativas de bajos sectores sociales, que además son cada vez, en democracia, cada vez afortunadamente, mejor informados, más críticos, más demandantes, más exigentes, tenemos muchas veces estas expectativas frustradas ante la imposibilidad de materializar a veces aspiraciones básicas de seguridad y progreso, lo que también, entonces, redundaría en el debilitamiento de la democracia y sus instituciones, especialmente en países donde la sociedad es débil y fragmentada.

Es por eso, entonces, que yo señalaba al comienzo de mi intervención, lo esencial que es el que la cohesión social sea el factor que nos tiene reflexionando, debatiendo y mirando en conjunto con profundización de la democracia, profundización del desarrollo, en la relación entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe. Porque ese desafío lo tenemos que mirar desde la perspectiva birregional, pero también desde una perspectiva global.

Porque no es posible, no es posible tener instituciones sólidas y respetadas y estabilidad política, si hay grandes segmentos de la población que permanecen al margen del crecimiento económico global.

Por eso lo que nos debe convocar hoy, con decisión y voluntad política, es la definición de una nueva agenda y estrategia de cooperación hacia Europa y América Latina y el Caribe, con más cohesión social, con el objetivo declarado de contribuir de manera decisiva a la consolidación democrática en nuestra región. La pregunta ¿es esto posible? Yo creo francamente que sí. Tenemos bastante avanzado en esta tarea. De hecho, Europa y América Latina tenemos una clara afinidad cultural, valórica, política, democrática y en el ámbito multilateral, que se refleja en posición que generalmente es convergente en muchos de los grandes temas y de los foros internacionales.

La Unión Europea ya ha suscrito acuerdos de asociación y libre comercio con México y Chile, ha declarado a Brasil como un socio estratégico, en la perspectiva de iniciar las negociaciones con un acuerdo de asociación con el MERCOSUR y Centroamérica, como la Economía Andina, ha lanzado con fuerza sus negociaciones para un futuro acuerdo de asociación con la Unión.

Por eso que cuando estamos hablando de incorporar una dimensión social en nuestra relación birregional, estamos dando un paso trascendente, que confirma la profundidad de las afinidades ya existentes, dando un nuevo impulso a nuestras convergencias políticas, en la perspectiva de convertir a Europa y América Latina en dos socios de carácter estratégico, con miras a construir una globalización más justa, de cada vez una mayor equidad y gobernabilidad.

Amigos y amigas:

Esta es la magnitud del desafío que se encuentra ante nosotros. Hoy es el momento para aunar fuerzas, para trabajar juntos en la construcción de una globalización que logre integrar y no marginar, donde los grandes valores universales estén presentes en cada una de nuestras decisiones más trascendentales y así contribuir también a un mundo más estable, más digno para todos.

Yo estoy esperanzada que en esta tarea vamos a responder a la altura de las expectativas que nuestros pueblos han depositado en cada uno de nosotros. Y me parece que el momento es ahora, no podemos delegar esta responsabilidad a futuras generaciones, que van a ser representativas de lo que hoy hagamos o dejemos de hacer.

Comparten, ustedes lo saben, una visión progresista de la sociedad y la política. Un progresismo donde caben todos los que tengan la necesidad de trabajar por sociedades más democráticas, más equitativas y más inclusivas. Los que creen en la necesidad de fortalecer la ciudadanía, como nos dice Fernando Savater, "ciudadanía local y global".

Yo creo en la capacidad del ser humano de guiar su propio progreso. Creo en la capacidad del movimiento político y social para generar los cambios que la sociedad nos demanda.

En Chile hemos logrado construir una coalición progresista entre el social cristianismo y social democracia, que le ha dado gobernabilidad y progreso social al país.

Hoy, entonces, podemos ofrecer al país un mejor futuro y, además, involucrarnos en la construcción de un mejor futuro internacional.

De nosotros depende, de lo que hagamos como Unión Europea, América Latina y el Caribe, y tenemos una responsabilidad histórica dónde cada uno sabe lo que esta en juego. Pero también así como yo digo siempre, soy una optimista histórica, y creo que si tenemos el coraje, la voluntad política y una visión clara de lo que debemos

hacer, el futuro será ciertamente más promisorio ya no sólo para algunos, sino para todos.

Muchas gracias.